



Sófocles

ELECTRA

Argumento

Desde la muerte de su padre (Agamenón) –asesinado por su esposa, Clitemnestra, con la colaboración de su amante: Egisto, ahora convertido en déspota- Electra vive únicamente para la venganza. Impotente para realizarla por cuenta propia, espera el arribo de su hermano Orestes. Todos los habitantes del palacio están atados a esa esperanza y a ese temor. Clitemnestra y Egisto sufren por la llegada de Orestes.

Electra no tiene otra razón de vida sino la de aguardarlo. El prólogo comienza con la llegada de Orestes, acompañado por su viejo Ayo y el más fiel de los amigos, Pílates. En este prólogo, Orestes les cuenta los medios de que se valdrá para llevar a cabo su propósito. La trama urdida cumple con el fin deseado de asegurar a los criminales su castigo. Mientras Clitemnestra y Egisto gozan, y Electra desespera, la tragedia sigue su imponente desarrollo y culmina con la muerte de los asesinos.

Personajes de la tragedia

El Ayo de Orestes

Orestes

Electra

Crisótemis

Clitemnestra

Egisto

El Coro

(La escena transcurre en la madrugada. Se ve vagamente al fondo el Palacio Real de Micenas. Entran El Ayo y Orestes, que se detienen a vislumbrar la llanura argiva, y en ella el ágora y los distintos templos.)

EL AYO

¡Oh, hijo de Agamenón, que en pasados tiempos estuvo al frente del ejercito de Troya! Ya puedes contemplar ante tus ojos aquellos objetos de los que tanto anhelo tuviste siempre. Esta es la antigua Argos que deseabas, el sagrado bosque de la hija de Inaco, la agitada por el furor. Esta, ¡oh, Orestes!, es la plaza con el templo del dios matador de lobos, Apolo. A tu izquierda tienes el famoso templo de Hera. Ya puedes pensar, por lo que ves, que hemos llegado a Micenas, la rica en oro. Y este es el calamitoso palacio de los Pelópidas, de donde, después del asesinato de tu padre, te recibí de manos de tu consanguínea hermana. Y te salvé y te eduqué hasta hoy, cuando has de honrar a tu padre, vengando su muerte. Ahora, pues, Orestes, y tú, queridísimo huésped Pílates, debemos decidir pronto lo que hay que hacer. Ya el brillante resplandor del sol despierta los matutinos y armoniosos trinos de las aves, y la negra noche con sus estrellas nos va abandonando. Antes de que algún hombre salga del palacio, debemos haber acordado algo. Nos hallamos en un punto en que no se debe dudar, sino poner manos a la obra.

ORESTES

¡Oh, tú, el más fiel de mis servidores! ¡Cuán claras muestras me das de tu natural benevolencia para conmigo! Como el caballo de raza que aunque sea viejo no pierde el vigor en circunstancias peligrosas, sino que se mantiene firme con las orejas tiesas, así tú nos exhortas y eres el primero en la empresa. Voy a manifestarte mi parecer: escucha mis palabras con atención y, si en algo no estoy acertado, corrígeme. Cuando consulté el oráculo pítico con la intención de saber de qué forma conseguiría justicia para mi padre contra los que lo asesinaron, me reveló Apolo: “Sin aparatos de armas de ejército, tú solo y con astucia perpetra secretamente tu mano los justos asesinatos”. Ya, pues, que tal fue lo que oímos del oráculo, entra tú en el palacio a la primera ocasión que se te presente y observa todo lo que en él se hace. Para que, bien informado, me lo comuniques con total claridad. No será posible que, con tu vejez y después de tanto tiempo, te reconozcan, ni siquiera lleguen a sospechar, presentándote así tan disimulado. Utiliza esté pretexto: diles que eres huésped focense que vienes de parte de Fanoteo, porque este es el mejor aliado que ellos tienen. Y

anúnciales con toda clase de pruebas que ha muerto Orestes, a causa de un fatal accidente en los certámenes píticos, arrojado desde el pescante del carro. Eso es lo que les has de decir. Nosotros, según se nos mandó, vamos ante todo a la tumba de mi padre a ofrecer libaciones y a colocar los mechones de pelo que nos cortaremos. Volveremos enseguida, llevando en las manos la cajita de cobre que sabes tengo oculta entre unas matas con el objeto de engañarlos con la grata noticia de que mi cuerpo ha sido quemado y convertido en cenizas. Pues ¿qué aflicción puede provocarme esto si, muerto de palabra, vivo para obrar y alcanzo la gloria? Creo firmemente que no existe razón mala si trae provecho. Pues ya he visto en varias ocasiones que los sabios se hacían pasar falsamente por muertos y, luego, cuando regresaban a su casa, alcanzaban mayor honra. Así confío también en que después de esta noticia he de aparecer yo entre mis enemigos reluciendo como un astro.

Pero, ¡oh, tierra patria y dioses locales!, recibidme propicios para que mi empresa alcance feliz éxito. Y tú también, casa paterna, vengo a purificarte con la justicia, por orden de los dioses. No permitáis que salga deshonrado de esta tierra, sino ponedme en posesión de mi palacio y riquezas. Esto es lo que os ruego. Y tú, anciano, procura realizar bien tu cometido, entra ya en el palacio. Nosotros dos nos vamos, la oportunidad es el mejor maestro de los hombres en toda empresa.

ELECTRA

(Desde adentro)

¡Ay de mí!

EL AYO

Hijo, me parece haber oído el llanto de alguna sierva.

ORESTES

¿Será la infortunada Electra? ¿Quieres que esperemos y escuchemos su lamento?

EL AYO

De ninguna manera. Ante todo, hemos de procurar cumplir con el mandato del oráculo. Por lo tanto, comencemos derramando las libaciones en honor de tu padre. Eso es lo que nos dará la victoria y el buen éxito de nuestra empresa.

(Salen El Ayo, Orestes y Píldes. Entra Electra)

ELECTRA

¡Oh, luz purísima y aire que toda la tierra cubres!, cuantos desesperados lamentos y golpes que laceran mis pechos ensangrentados oyes de mí todos los días, no bien la tenebrosa noche desaparece. Mis nocturnos

sufrimientos ya conocen los repugnantes lechos de esta infausta casa: cuánto lloro a mi desdichado padre, a quien en extraña tierra el cruel Ares respetó. Pero mi madre y el adúltero Egisto, como leñadores que cortan una encina, le cegaron la cabeza con ensangrentada hacha. Y no hay aquí otra que te llore mas que yo, ¡oh, padre!, habiendo sido tan cruel y perversamente asesinado. Y no cesaré mi llanto y amargas lamentaciones mientras contemple la brillante claridad de los astros y la luz del día, sino que, como ruiseñor que ha perdido los hijos, resonará el eco de mis lamentos sobre la faz del mundo ante las puertas del palacio de mi padre. ¡Oh, mansión de Hades y de Prosperina! ¡Oh, Hermes de los infiernos; oh, augustas diosas de la maldición y venerables deidades de la venganza, hijas de los dioses, que veis a todos los que mueren injustamente y a los que roban el lecho ajeno! Acudid en mi ayuda, vengad la muerte de mi padre y enviadme a mi hermano, pues sola no tengo ya fuerzas para soportar el peso de mi desgracia.

(Al oír el llanto de Electra, entra el Coro, conformado por quince mujeres micenas)

CORO

¡Oh, niña Electra, hija de la madre más miserable! ¿Por qué te consumes en continuos lamentos, llorando a tu padre Agamenón, que hace tiempo fue engañado por los ardides de tu pérfida madre y asesinado a traición? Que muera el autor de este crimen, si me es permitido manifestar mi deseo.

ELECTRA

¡Oh, gente noble que venís a consolarme en mi infortunio!, lo se y lo comprendo. Lo veo claramente. Mas no quiero dejar de llorar a mi desgraciado padre. Pero ya que vosotras me correspondéis con todo el agrado de la amistad, dejad que me exalte así, ¡ay, ay! Os lo imploro.

CORO

Pero ni con lágrimas ni con imprecaciones sacarás a tu padre del estanque del Hades en donde hay lugar para todos, sino que llorando mas allá de lo debido, con ese inmenso dolor, te vas consumiendo sin que en tu llanto aparezca alguna solución a tu desgracia. ¿Por qué anhelas tu mal?

ELECTRA

Insensato es quien se olvida del padre que tan deplorablemente le han arrebatado. Porque a mí el corazón solo me lo alivia la aterrorizada avecilla, mensajera de Zeus, la dolorosa Itis, siempre a Itis llora. ¡Oh, sufridísima Níobe!, a ti te reconozco por diosa, que en pétreo sepultura, ¡ay, ay! estás llorando.

CORO

No para ti sola, hija, surgió el dolor entre los mortales ante el que tu te exasperas mas que todos los de esta casa, siéndoles igual en nacimiento y sangre, como ves que le ocurre a Crisótemis, a Ifianasa y al joven Orestes, que sufriendo en secreto, vive afortunadamente, y a quien la gloriosa tierra de Micenas- suelo de apartidas- recibirá cuando venga en regocijada marcha a esta tierra.

ELECTRA

Sin descanso lo estoy esperando, sin hijos, desdichada y sin marido. Y me muero, colmada de lágrimas, en esté interminable cúmulo de desgracias. Mas él se ha olvidado de lo que sufrió y de lo que se le enseñó. ¿Cuántas falsas noticias no he recibido ya? Siempre desea venir y, deseándolo, no se digna a aparecer.

CORO

Animo, hija mía, ánimo. Aun está en el cielo el grandísimo Zeus, que todo lo ve y todo lo puede: confíale el deseo de venganza que tan enormemente te aflige, y sin olvidarte de esos a quien odias, no extremes tanto el odio contra ellos. El tiempo es un dios que todo lo facilita. Porque ni el hijo de Agamenón, que en el Crisa habita la ribera donde pacen bueyes, se vuelve atrás. Ni tampoco el dios que reina en el Aqueronte.

ELECTRA

Pero ya he pasado la mayor parte de mi vida sin que se cumplan mis esperanzas, y no lo soporto: vivir sin hijos me consume, y no tengo varón amante que me proteja, sino que, como si fuera indigna extranjera, trabajo en la casa de mi padre, así como me veis, con indecente vestido, sirvo en la mesa que falta el señor.

CORO

Quejumbroso grito se oyó a la llegada de tu padre, y lastimero fue el grito en el lecho del festín, cuando sobre él se descargo el adverso golpe del hacha de bronce. Traición tramó el asesinato que amor ejecutó, habiendo engendrado ambos el terrible espectro, ya sea un dios, o un mortal, quien todo esto llevase a cabo.

ELECTRA

¡Ay, que día aquel, el más deplorable para mí de todos los días! ¡Oh, noche! ¡Oh, atroces dolores de odioso banquete en que vio mi padre la ignominiosa muerte que recibía de cómplices manos; manos que traidoramente esclavizaron mi vida, que me perdieron! ¡Ojalá que el

poderoso Zeus olímpico les haga sufrir en castigo la misma muerte para que jamás disfruten de bienestar los autores de tales crímenes!

CORO

Reflexiona y no sigas hablando. ¿No tienes recuerdo de las cosas que te han llevado tan indignamente a la triste situación en que te encuentras? Porque gran parte de tu desgracia tú te la has proporcionado engendrando siempre rencillas en tu furioso corazón. No es conveniente promover riñas con los poderosos.

ELECTRA

Por los malos tratos fui obligada. Comprendo muy bien mi cólera, no se me oculta. Pero, aunque me encuentre en tan miserable situación, no detendré mis imprecaciones mientras tenga vida. ¿Cómo, si no hiciera esto, oh, queridas amigas, podré oír jamás una palabra de alabanza, de cualquiera que piense bien? Dejad de consolarme, que esto es irremediable y jamás dejaré de sufrir, llorando así indefinidamente.

CORO

Pero con la mayor buena voluntad te digo, como eres una buena madre, que con tus desgracias no engendres otra desgracia.

ELECTRA

Pero, ¿qué medida hay para apreciar mi desgracia? Dime, ¿cómo ha de ser obra buena hacer desprecio de los muertos? ¿En qué corazón humano brotó tal sentimiento? Ni siquiera hallándome honrada entre esta gentuza, ni aunque estuviese bien atendida, conviviría tranquila abatiendo el vuelo de mis agudos lamentos y dejando de honrar la memoria de mi padre. Porque, si es que al miserable a quien matan ha de quedar convertido en polvo y nada más, y los asesinos no pagan con el debido castigo, la vergüenza y la piedad deben desaparecer entre los hombres.

CORO

Yo, hija mía, he llegado con deseos de consolarte y tranquilizarme a mi misma. Si no tengo razón, tuya es la victoria: todas a una te obedeceremos.

ELECTRA

Yo me avergüenzo, ¡oh, mujeres!, Si consideraréis que os importuno con mis perpetuos lamentos. La violencia me obliga a preferirlos, perdonadme. ¿Cómo no haría lo mismo, toda mujer bien nacida, al contemplar la deshonra de su casa? Deshonra que estoy viendo, va aumentando día y noche en vea de desaparecer, y con la que convive del modo más afrentoso la madre que me parió. Además, vivo en el palacio con los mismos asesinos

de mi padre. Y por ellos soy dominada y de ellos depende el que yo tenga una cosa o sea privada de ella. Además, ¿cómo crees que pasaré yo los días, cuando veo a Egisto en el mismo trono de mi padre, y veo que lleva los mismos vestidos que él? Y que esparce las libaciones domésticas en el mismo sitio que lo asesinaron, y veo también, como el mayor de todos los ultrajes, al asesino en el mismo lecho de mi padre con la miserable de mi madre. Si el nombre de madre he de dar a la que con aquel duerme, y tan sosegada, que convive con el genio impuro y malhechor sin temer ninguna maldición. Antes al contrario, como si se burlara del crimen, todos los meses, cuando llega el día en que con traición mató a mi padre, celebra bailes y sacrifica ovejas a los dioses tutelares. Yo que en mi infortunio veo todo esto en el palacio, lloro, me marchito y me lamento, sola y sin que nadie me acompañe, de aquel tan desgraciado y renombrado banquete. Y ni siquiera me es permitido llorar hasta complacer a mi herido corazón. Porque ella, que para hablar es feroz mujer, repudia con estos insultos: “¡Oh, víbora maligna! ¿Solo a ti se te ha muerto el padre? ¿No hay otras en la misma desgracia? ¡Ojalá así desagradablemente murieras y jamás te dispensaran de esos llantos de ahora los dioses infernales!”. De este modo me insulta. Solo cuando oye de alguien que viene Orestes, es cuando, llena de rabia, se me acerca y me dice: “¿No eres tú la culpable de toda mi desgracia? ¿No fuiste tú la que salvaste a Orestes, arrancándomelo de las manos? No olvides que has de llevar el merecido castigo”. Así me ladra, como perra a quien instiga aquel famoso novio que presencias tales escenas. Ese cobarde para todo y roñoso bribón, que solo se atreve a promover guerra entre las mujeres. Yo, aguardando que venga Orestes para terminar por fin con todo esto, me consumo en mi desgracia. Él, en su constante demora, ha hecho que se hayan ido desvaneciendo toda mis esperanzas. Y en tal situación, amigas mías, ni me es posible guardar miramientos ni mantener el buen juicio, porque en la desesperación es incontrolable el impulso que nos fuerza a obrar mal.

CORO

Escucha, dinos, ¿nos cuentas todo esto hallándose Egisto en casa o fuera de ella?

ELECTRA

Ausente está. No creas que si estuviera él en casa podría siquiera acercarme a la puerta. Ahora permanece en el campo.

CORO

Y siendo así, ¿puedo confiar en que prosigamos nuestra conversación?

ELECTRA

Pregunta lo que deseas, que ausente está.

CORO

Pues te pregunto: ¿qué crees de tu hermano? ¿vendrá o no? Quiero saberlo.

ELECTRA

Dice que viene, pero no hace nada de lo que dice.

CORO

Suele vacilar el hombre cuando se dispone para una obra tremenda.

ELECTRA

Pues yo lo salvé a él sin vacilación alguna.

CORO

Confía. Él es noble y ayudará a sus amigos.

ELECTRA

Eso creo, que si no ya me hubiese muerto.

CORO

No digas nada más, que veo salir del palacio a Crisótemis, tu hermana de padre y madre, llevando en sus manos cosas fúnebres de esas que se dedican a los muertos.

(Entra Crisótemis, lleva las ofrendas.)

CRISÓTEMIS

¿Qué noticias son esas, hermana mía, que a la puerta de la casa estas contando, sin querer aprender en tan largo tiempo a no albergar ilusiones con tus vanos deseos? Yo también sé cómo yo siento lo que nos está pasando. De tal manera que, si tuviera medios, manifestaría lo que en contra de ellos pienso. Pero ahora creo que debo conformarme a navegar en la desgracia y no tratar de hacer nada para no aumentar mi sufrimiento. Yo deseo que tú hagas lo mismo. Es cierto que lo justo no está en lo que yo digo, sino en lo que tú haces. Pero para vivir con libertad me es forzoso obedecer en todo a los que nos mandan.

ELECTRA

Es lamentable que, por ser hija del padre que te engendró, te hayas olvidado de él y te intereses por esa que te ha parido. Todos los consejos que me das, ella te los ha enseñado. Ninguno surge de ti. Pues escoge una de dos: o estás loca o en tu cabal sentido has olvidado a los seres queridos.

porque me acabas de decir que, si tuvieras valor, manifestarías el odio que les tienes. Y en cambio, a mí, que en todo procuro la venganza de nuestro padre, no solo no me ayudas, sino que intentas disuadirme de lo que hago. ¿No es esto cobardía, además de maldad? Porque, o convénceme o déjate convencer. ¿Qué voy a ganar yo dejando de llorar? ¿No vivo? Es verdad que, míseramente, lo sé, pero ello me basta y con mis quejidos amargo la vida, para que el muerto obtenga alguna satisfacción, si es que allí se puede experimentar gozo. Y tú, que afirmas que los odias, los aborreces solo de palabra. Porque de obra estás muy conforme con los asesinos de nuestro padre. Pero yo nunca: aunque se me ofrecieran todos esos regalos tuyos que tanto te deleitan, jamás los obedecería. Siéntate tú en rica mesa y nada en una vida pródiga. A mí me alcanza como único sustento mi propia satisfacción. No deseo tus honores, los que tampoco tú apreciarías si tuvieses buen corazón. Pero, pudiendo llamarte hija del más ilustre padre que ha habido, quieres que te llamen hija de esa madre. Así pondrás más en evidencia tu perversidad, traicionando a tu difunto padre y a tus amigos.

CORO

¡Nada de cólera, por los dioses!, pues de los discursos de ambas se puede sacar provecho si tomaras tú sus buenos consejos y ella los tuyos.

CRISÓTEMIS

Yo, amigas, ya estoy acostumbrada a sus reproches, y no le haría mención de nada si no supiera que se cierne sobre ella una tremenda desgracia que le hará cesar en tales lamentos.

ELECTRA

Vamos a ver. Dime: ¿qué es eso tan tremendo? Porque, si lo fuera más de lo que estoy padeciendo, no te contradiré.

CRISÓTEMIS

Pues te diré todo lo que he oído. Si no abandonas ya tus lamentos, te van a mandar a un sitio donde no verás la luz del sol, vivirás allí en lóbrega caverna, fuera del mundo, llorando tus desdichas. Ya lo sabes. Recapacita, y no me acuses luego de lo que sufras, porque aun es tiempo de tomar buen consejo.

ELECTRA

¿Es verdad que eso han decidido hacer conmigo?

CRISÓTEMIS

Si, apenas Egisto vuelva a casa.

ELECTRA

Pues, si para eso es, ojalá vuelva pronto.

CRISÓTEMIS

¿Qué es lo que pretendes desdichada?

ELECTRA

Que venga aquel, si piensa poner eso en ejecución.

CRISÓTEMIS

¿Para aumentar tus sufrimientos? ¿Has perdido toda cordura?

ELECTRA

Para encontrarme pronto lo más lejos de vosotros.

CRISÓTEMIS

¡Que! ¿En nada estimas la vida?

ELECTRA

¡Dichosa vida es la mía para estimarla!

CRISÓTEMIS

Lo sería si aprendieras a ser prudente.

ELECTRA

No me enseñes a ser desleal a los seres que me son queridos.

CRISÓTEMIS

No te enseñe eso, sino a someterte a los que mandan.

ELECTRA

Eso hazlo tú, y no critiques mi conducta.

CRISÓTEMIS

Bueno es, sin embargo, no morir por imprudencia.

ELECTRA

Moriré, si es preciso, vengando a mi padre.

CRISÓTEMIS

Nuestro padre, en estas cosas, sé que nos tiene indulgencia.

ELECTRA

Esas palabras no pueden ser aplaudidas más que por cobardes.

CRISÓTEMIS

¿Pero tú no me creerás y te pondrás de acuerdo conmigo?

ELECTRA

No, ciertamente. Aun no he perdido el juicio.

CRISÓTEMIS

Me voy, pues, adonde me han enviado.

(Finge irse)

ELECTRA

(Reteniéndola)

¿Adónde te diriges? ¿Para quién llevas esas ofrendas?

CRISÓTEMIS

Nuestra madre me envía a derramar libaciones sobre la tumba de nuestro padre.

ELECTRA

¿Qué dices? ¿Sobre la tumba del más infortunado de los hombres?

CRISÓTEMIS

Del que ella misma mató, pues eso quieres decir.

ELECTRA

¿Qué amigo la ha inducido a ello? ¿Quién le ha dado tal consejo?

CRISÓTEMIS

El terror que ha pasado esta noche, según creo.

ELECTRA

¡Oh, dioses patrios, asistidme en esté trance!

CRISÓTEMIS

¿Fundas alguna esperanza en esté medio?

ELECTRA

Si me cuentas la visión, te lo diré.

CRISÓTEMIS

No puedo decirte más de lo poco que sé.

ELECTRA

Cuéntamelo, pues, en muchas ocasiones, pocas palabras han sido suficientes para derribar y levantar a los hombres.

CRISÓTEMIS

Existe el rumor de que ella ha tenido una segunda conversación con nuestro padre, que se le ha aparecido y luego clavó en el hogar el cetro que antes llevaba él y ahora Egisto. Que del cetro brotó un robusto ramo que con sus hojas ha cubierto de sombras el suelo de Micenas. Esto he oído contar a uno que se hallaba presente cuando ella exponía su sueño a Helios. Ya no sé más, sino que me envía a causa del miedo. Ahora, por los dioses patrios, te ruego que me obedezcas y no caigas en la insensatez, pues, si me desatiendes, vas a caer en nuevas desgracias.

ELECTRA

Querida, de todo lo que llevas en las manos nada coloques en la tumba de nuestro padre. Porque ni es justo ni piadoso que deposites en ella las oblacones fúnebres de esa infame mujer, ni que ofrezcas sus libaciones a nuestro padre. Échalo todo al viento, o escóndelo profundamente en la tierra, de modo que nada de ello pueda llegar a la tumba de nuestro padre, sino que le sirvan a ella cuando muera como de salvaguardia para el Hades. Porque, si esa mujer no fuese la más desvergonzada de todas las nacidas, jamás habría tenido la osadía de derramar libaciones en la tumba de aquel que ella misma mató. Considera tú, si te parece, como puede el cadáver que yace en el sepulcro recibir con agrado las ofrendas de esa que le asesinó ignominiosamente, le mutiló como si fuera enemigo y, para purificarse, en la cabeza de él limpió las manchas. ¿Crees acaso que envía esas ofrendas en descargo de su asesinato? No es posible. Tíralas, pues. Córtate, en cambio un rizo de tu cabello, y con otro de esta desgraciada – poco resulta pero es lo que tengo-, ofréceselo a nuestro padre. Llévale, además de esté desaliñado cabello, también mi cinturón, aunque no tenga ningún lujoso adorno. Y postrada ante su tumba, pídele que venga piadoso en nuestro auxilio contra los enemigos. Y que su hijo Orestes pisotee y subyugue duramente a esos, nuestros enemigos, para que en adelante le presentemos ofrendas más ricas que las que ahora le ofrecemos. Pues yo creo firmemente que por él se le aparecen a nuestra madre tan siniestras visiones. Por lo tanto, hermana, ayúdame en estas cosas que vienen en tu favor y en el mío y en el del más querido de los mortales: nuestro padre en común, que yace en la mansión de Hades.

CORO

Movida de piedad habla la joven. Y tú, querida, si eres sensata debes hacer lo que te manda.

CRISÓTEMIS

Lo haré, pues lo que es justo no admite discusión, sino prisa para ejecutarlo. Pero mientras llevo a cabo estas acciones, guardad silencio, por los dioses, amigas. Porque si se llega a enterar mi madre, creo que me resultará amargo el intentar hacer esto.

(Se retira)

CORO

Si no soy necio adivino falto de toda sabia previsión, llega ya la providente justicia llevando en sus manos sus justas armas. Vendrá, hija, sin que pase mucho tiempo. Tengo confianza desde que hace poco oí los sueños del viento propicio. Pues jamás se me olvida quien fue el rey de los helenos, ni tampoco la antigua y férrea hacha de dos filos que lo mató del modo más afrentoso y cruel. Llegará, entonces, la venganza de pies de hierro, que con sus muchas manos y muchos pies oculta está en terrible emboscada. Caerá sobre las rencillas nacidas de ensangrentadas nupcias, que no debían haberse unido en lecho común, y menos haberse consumado, porque lo vedaba la ley. Por esto creo yo que se nos ha aparecido esté irreprochable prodigio contra los criminales y sus cómplices: o es que las adivinaciones de los mortales nada significan en los espantosos ensueños ni en los oráculos, si la aparición de esta noche no la he de considerar como un bien. ¡Oh, laboriosa carrera hípica del antiguo Pélope, cuantos lamentos arrastraste a esta tierra! Pues, desde que hundido en el mar yace Mirtilo, que el dorado pescante por desdichados ultrajes arrancados de cuajo fue lanzado en él, jamás se apartó de esta casa la funesta calamidad.

(Acompañada por una doncella, hace su entrada)

CLITEMNESTRA

A rienda suelta, según se ve, te has lanzado de nuevo. Es cierto que no está en casa Egisto, el único que te contiene para que no salgas a la calle y escandalices a los amigos. Pero ahora que ausente está él, ningún caso haces de mí. Y a pesar de que tantas veces has dicho ante todo el mundo que te trato duramente y sin ningún miramiento haciendo escarnio de ti y de todo lo tuyo, yo no tengo rencor. Y si alguna vez te insulto, es por las muchas veces que me veo insultada por ti. Que tu padre fue asesinado por mí: ese es el único pretexto que tienes. Por mí, es verdad, no puedo negarlo. Pero fue la justicia quien lo mató, no yo sola, y a ellas debías tu ayudar si estuvieras en tus cabales. Porque ese padre tuyo a quien no cesas de llorar fue el único entre todos los helenos que consintió sacrificar a tu hermana a los dioses: ¡como que no fueron tantos los dolores que por ella sufrió él al engendrarla como yo al parirla! Entonces, dime, ¿por qué razón y por quiénes la sacrificó? ¿Dirías que por los argivos? Pues ningún derecho tenían para matar a mi hija. Y habiéndola matado, en lugar de

matar a la suya, su hermano Menelao, ¿no debía darme satisfacción de ello? Pues ¿no tenía aquel dos hijos que debían haber sido sacrificados antes que mi hija, siendo su padre y su madre los culpables de la expedición? ¿Acaso Hades manifestó deseos de que se le sacrificasen mis hijos en lugar de los de aquel? ¿O es que tu malvado padre perdió el amor que le tenía a mis hijos y lo conservó para los de Menelao? ¿No es todo esto propio de un padre desconsiderado y cruel? Así lo creo, aunque sea contra tu opinión, y lo mismo diría mi pobre niña sacrificada si recobrara la voz. Yo no tengo, pues, remordimiento por mis actos. Y si, según tu parecer, no pienso cuerdamente, tú, que tan recto juicio tienes, repróchanos a los de esta casa.

ELECTRA

No dirás ahora que por haber comenzado yo a insultarte he tenido que oír cuanto acabas de decirme. Pues si me lo permitieras, yo te diría la verdad de lo que sucedió en relación al muerto y a mi hermana.

CLITEMNESTRA

Te lo permito, porque, si siempre me hablaras así, nunca recibirías malas palabras de mí.

ELECTRA

Pues voy a hablarte. Admites haber matado a mi padre ¿Qué manifestación más ignominiosa que esa, ya lo mataras con razón, ya sin ella? Pero no lo mataste con razón, sino arrebatada por los consejos de ese varón malvado con quien ahora vives. Pregunta a la cazadora Artemisa por culpa de quien detuvo los vientos en Áulide, pero yo te lo diré ya que por ella no es posible que tu lo sepas.

En cierta ocasión, según he oído, mientras cazaba mi padre en el bosque e la diosa, levantó con sus pies un cornudo y abigarrado ciervo, de cuya muerte se jactó soltando cierta impertinente palabra. E indignada por esto, la hija de Latona detuvo allí a los aqueos hasta que mi padre sacrifico a su propia hija en compensación de la fiera. Esta fue la razón del sacrificio, no había otra solución para que el ejército regresara a la patria o continuara su marcha hacia Troya. Contrariado y forzado por tal necesidad, mi padre sacrificó a su hija. No por culpa de Menelao. Pero aunque fuera como tu dices, si él, queriendo ayudar a su hermano, hubiera hecho tal cosa, ¿era preciso que por ello lo mataras tú? ¿Con qué derecho? Mira que, si estableces esa ley entre los mortales, decretas tu propio castigo y arrepentimiento. Si con la muerte hemos de sancionar a quien mata, tu morirás primero si te alcanza la justicia. Pero reflexiona, y verás que alegas un falso pretexto. Pues, si quieres, dime por cuáles motivos observas ahora la mas vergonzosa conducta que darse pueda, viviendo con el miserable

criminal que te ayudó a matar a mi padre, y tienes hijos de él, habiendo abandonado a los legítimos nacidos de legítimo matrimonio. ¿Cómo es posible alabar a tu proceder? ¿Dirás que con ello te compensas de la hija que te arrebató? Que digas que eso es ignominioso, porque nunca es bueno casarse con asesinos por causa de una hija. Y ni siquiera tienes autoridad para reprenderme, tu que sueltas toda tu lengua diciendo que te maltrato como madre: más como ama despótica que como madre te he de considerar yo, que arrastro una vida miserable, sumida siempre en los tremendos pesares que me proporcionáis tú y tu amante. Y ausente Orestes, desde que escapó de tus manos, el desdichado lleva también una vida sin fortuna. Orestes, a quien tantas veces me acusas de haberlo salvado para que sea el instrumento con que me venga de ti – cosa que si pudiera haría de muy buena gana, entiéndelo bien-. Y por esto, si quieres, pregona ante todo el mundo que soy una malvada, una maldiciente y una desvergonzada. Si experta soy en todo eso, en nada me avergüenzo a tu propia y natural condición.

CORO

Te veo exhalando furor. Y, aunque sea con justicia, no quiero verte más en tal desesperación.

CLITEMNESTRA

¿Qué necesidad tengo yo de guardar respetos a una hija que de tal manera ofende a la madre que la parió, si no es más que una muchacha? ¿Acaso crees que puedes hacer todo lo que se antoje, sin ningún recato?

ELECTRA

Considera que tengo vergüenza de todas estas cosas, aunque no te lo parezca. Yo sé que lo que hago es intempestivo e impropio de mí. Pero tu perversa intención y tu conducta me obligan a hacer todo esto contra mi voluntad, pues, viviendo con insolentes, no se aprende más que desvergüenzas.

CLITEMNESTRA

¡Oh, criatura impúdica! ¿Conque yo y mis palabras y mi conducta te obligan a hablar así?

ELECTRA

Tú lo dices, no yo. Tú cometiste el asesinato y es el origen de todo lo que hemos dicho.

CLITEMNESTRA

Por la honorable Artemisa, me pagarás esta osadía apenas llegue Egisto.

ELECTRA

¿Lo ves? Ya se deja llevar por la cólera, habiéndome dado permiso para decir todo lo que quisiera. No tiene paciencia para escucharme.

CLITEMNESTRA

¿No guardarás religioso silencio y me dejarás celebrar un sacrificio, ya que te he permitido decir lo que has querido?

ELECTRA

Te dejo, te exhorto, sacrifica. No acuses a mi boca, que ya no te hablaré más.

CLITEMNESTRA

Levanta, tú, que me asistes, la oblación en que van toda suerte de ofrendas en honor a esté rey a quien elevo mis súplicas para que me libere de los temores que tengo. Ya puedes oír, Febo protector, mi tácito ruego. No estoy entre amigos para hablar en voz alta, ni conviene tampoco que lo revele todo a plena luz, estando en mi presencia Electra, que con su odio y desatada lengua esparciría falsos rumores por toda la ciudad. Óyeme, pues, así; que de esté modo te lo diré. Los espectros que vi esta noche en mi doble sueño, esos mismos, ¡oh, Licio rey!, si se me han aparecido como favorables, haz que produzcan su efecto. Per, si como adversos se han presentado, desvíalos en contra de mis enemigos. Y si algunos traman conjura para despojarme de la riqueza que disfruto, no lo permitas, sino concédeme que viva yo feliz, sin temor alguno, señora de este palacio y del cetro de los atridas. En compañía de los seres queridos con quienes ahora vivo dichosa y de los hijos que no me tienen rencor ni odiosa ira. Todo esto, Licio Apolo, óyeme propicio y concédeme como te lo pido. lo demás, aunque lo calle, sé bien que Zeus todo lo vean.

(Entra El Ayo)

EL AYO

Mujeres extranjeras, ¿cómo sabría yo con certeza que el palacio del rey Egisto es este?

CORO

Este es, extranjero, bien lo has conocido.

EL AYO

¿Y juzgo bien al creer que esta es su mujer? Porque su aspecto es propio de la mujer de un rey.

CORO

Perfectamente. Ella es la que tienes adelante.

EL AYO

Salud, reina. Vengo enviado por un amigo tuyo con gratas nuevas para ti y para Egisto.

CLITEMNESTRA

Acepto el saludo, pero necesito, en primer lugar, saber quien te envía.

EL AYO

Fanoteo el focense, con una importante noticia.

CLITEMNESTRA

¿Cuál, extranjero? Habla, como es de un amigo, bien sé que me anunciarás gratas nuevas.

EL AYO

Ha muerto Orestes. Resumiendo, lo anuncio con brevedad.

ELECTRA

¡Ay, desdichada de mí! ¡Hoy me muero!

CLITEMNESTRA

¿Qué dices, qué dices, extranjero?

EL AYO

Que ha muerto Orestes, te digo. Lo mismo que antes.

ELECTRA

¡Estoy acabada, infeliz de mí, ya no soy nada!

CLITEMNESTRA

Tú métete en lo tuyo, y tú extranjero, dime la verdad: ¿cómo ha muerto?

EL AYO

Para eso vine y todo te lo diré. Habiéndose presentado él en las magníficas y fastuosas fiestas de Grecia para ganar los premios en los juegos délficos, apenas escuchó que el heraldo pregonaba en voz alta la carrera en que consistía la primera lucha, se lanzó como un rayo mientras dejaba admirados a los espectadores. Y cuando, tras doblar la meta, llegó al término de su carrera, salió con todos los honores de la victoria. Y para decirte mucho en pocas palabras, jamás había visto yo tales proezas ni tal empuje en ningún hombre. Fíjate únicamente en esto: de todos los

ejercicios pregonados por los jueces, ya de carreras dobles, ya de las demás que constituyen el quinquercio, se llevó todos los premios –colmado de felicitaciones y ovacionado por todos- el argivo llamado Orestes, hijo de Agamenón, el que en otro tiempo reunió el célebre ejército de Grecia. Así ocurrió todo esto. Pero cuando algún dios quiere perjudicar, no puede evitarlo el hombre más poderoso. Al día siguiente, cuando a la salida del sol tenía que celebrarse el certamen de los veloces carros, se presentó Orestes con otros muchos aurigas. Uno era aqueo, otro de Esparta. Había dos libios, hábiles guidores de cuadrigas, y él, entre estos, hacia el quinto, con sus yeguas de Tesalia. Era el sexto de Etolia, con caballos leonados; el séptimo, un mancebo de Magnesia; el octavo, que tenía blancos corceles, era natural de Enia; el noveno, de Atenas, la fundada por los dioses, y el otro, que era beocio, ocupaba el décimo carro. Y puestos donde los jueces elegidos para el certamen, después de echar suerte, dispusieron que colocaran los coches y se lanzaron al sonar las broncíneas trompetas: todos al unísono gritando, sacudiendo las riendas con las manos. De inmediato, toda la carrera se llenó del estruendo de los crepitantes carros. El polvo por encima se arremolinaba, y al mismo tiempo que los competidores, confundidos entre sí, no ahorraban el aguijón para ver quien se adelantaba al carro del otro y a los relinchantes caballos, todos igual, por la espalda y las llantas de las ruedas se llenaban de la espuma que arrojaban los jadeantes equinos. Orestes, cuando llegaba a la última meta, la rozaba ligeramente con el cabo, soltando las riendas del caballo de la derecha y reteniendo al de la izquierda. Hasta ese momento se mantuvieron bien todos los carros, pero luego, desbocados los caballos del mancebo de Enia, lo arrastraron a la fuerza y, volviéndose hacia atrás en el punto en que terminaban la sexta carrera e iban a empezar la séptima, tropezaron de frente con el carro del libio, lo que provocó que cada uno atropellase y embistiese al otro por ese mero accidente, todo el campo ecuestre de Crisa se llenase de destrozos. Mas dándose cuenta del caso el hábil auriga ateniense se desvió hacia fuera y se paró, y dejó pasar el confuso tropel de carros y de caballos por medio de la arena. Venía Orestes último, arreando sus caballos detrás de todos, pero con la esperanza en la vuelta final de la carrera. Y cuando vio que no le quedaba más que un adversario, con estridente grito, que hizo repercutir en las orejas de los ligeros caballos, persiguió a su rival. Y cuando llegaron a igualarse las cuadrigas, corrían, y fueron tan pronto un, tan pronto la otra, la que sacaba la cabeza por delante en la carrera. Todas las demás vueltas las había recorrido sin tropiezo el intrépido Orestes, de pie en el pescante del carro. Luego al aflojar la rienda izquierda del caballo que doblaba, chocó sin darse cuenta en el borde de la meta. Se quebró el eje por la mitad, cayó él precipitado del carro y se enredó con las correas de las riendas y, derribado en tierra, los caballos se dispersaron por el centro de la pista. Toda la concurrencia, apenas lo vio

caer del pescante, dio un grito de dolor, llorando por el joven que después de tantas proezas había sufrido tal desgracia. Lo veían arrastrado por el suelo, levantando cada tanto sus piernas hacia el cielo, hasta que los aurigas, parando con gran dificultad a los corredores corceles, lo desataron tan ensangrentado que ninguno de sus amigos podía reconocer aquel desfigurado cuerpo. Inmediatamente, se le quemó en la pira, y en una pequeña urna de bronce traen las cenizas de aquel gran héroe, unos focenses a quienes se les ha mandado, para que alcancen sepultura en la tierra de sus padres. Eso es lo que ha ocurrido. Si doloroso es para quien lo escucha, para los que lo vieron como yo lo vi, resulta mayor desgracia de todas las que en mi vida he presenciado.

CORO

¡Ay, ay! De raíz, a lo que se ve, se extingue todo el linaje de los antiguos reyes.

CLITEMNESTRA

¡Oh, Zeus! ¿Qué decir de todo esto? ¿Debo alegrarme de ello o entristecerme, aunque venga en mi provecho? Es doloroso que a cambio de mis propias desgracias salve yo mi vida.

EL AYO

¿Por qué te afliges tanto, oh, mujer por esta noticia?

CLITEMNESTRA

Terrible es parir, porque, aunque una sea maltratada, no conserva odio a sus hijos.

EL AYO

En vano, a lo que parece, he llegado hasta aquí.

CLITEMNESTRA

Eso de ningún modo. ¿Cómo puedes decir que fue en vano tu venida, si me traes noticias fidedignas de haber muerto el hijo de mi alma a quien alimenté con mi leche, y apenas dejó mis pechos, se extrañó fugitivo y ya no me vió desde que salió de esta tierra, a pesar de que me acusaba de la muerte de su padre y me amenazaba con espeluznante venganza? Y eso de tal modo que ni de día estar tranquila ni de noche podía dormir, porque pasaba los días pensando siempre que me iban a matar. Pero ahora, en el día de hoy, me veo ya libre del temor que esa amenaza infundía. Esta era la mayor calamidad que esta casa tenía, deseando siempre beberse hasta la última gota de mi sangre. Pero a partir de hoy, libre ya del acecho de Orestes, pasaré plácidamente mis días.

ELECTRA

¡Ay, desdichada de mí! Ahora es cuando debo llorar, Orestes, tu desgracia. Cuando aun en ella te insulta nuestra madre. ¿Pero no es mejor así?

CLITEMNESTRA

Para ti, no; pero para él, ya está bien donde se encuentra.

ELECTRA

¡Escucha esto, Némesis, venganza divina del que acaba de morir!

CLITEMNESTRA

Escuchó lo que debía y lo cumplió a la perfección.

ELECTRA

Sigue hablando con impudicia, que ahora eres dichosa.

CLITEMNESTRA

Dicha que no extinguiréis ni tú ni Orestes.

ELECTRA

Nos hemos extinguido nosotros, de modo que no te podremos matar.

CLITEMNESTRA

Muchas mercedes llegarías, ¡oh, huésped!, a alcanzar de mí si hicieras cesar a esta en su locuaz griterío.

EL AYO

Pues me puedo marchar, si ya quedas enterada.

CLITEMNESTRA

En modo alguno, porque ni harías cosa de mi agrado, ni tampoco del amigo que te envía. Entra, pues, en el palacio y deja que ella divulgue aquí afuera su desgracia y la de sus amigos.

(Entran al palacio Clitemnestra y El Ayo)

ELECTRA

¿Os parece acaso que, apenada y dolorida, se va a llorar amargamente y gemir por el hijo muerto tan infortunadamente? No, sino que se va insultándole con su alegría. ¡Ay, desdichada de mí! ¡Oh, queridísimo Orestes, cómo me has matado con tu muerte! Con ella has arrancado de mi corazón la única esperanza que le quedaba de que vendrías vivo para ser el vengador de nuestro padre y de esta miserable. ¿Adonde he de ir ahora? Sola quedo, sin ti y sin padre. Me veo forzada a seguir con esta vida de

esclava entre estos odiosísimos asesinos. ¿Pero esto esta bien? No, de ningún modo, lo juro, no debo vivir más tiempo con ellos. Arrimada a esta puerta, sola y sin amigos, consumiré mi vida. Así, pues, que me mate cualquiera de los que usurpan esta casa si les incomoda verme así, que un gran favor me harán, ya que he de vivir siempre triste y no estimo la vida.

CORO

¿Cómo los rayos de Zeus, cómo el majestuoso Sol, si esto ven, permanecen tranquilos?

ELECTRA

¡Ah, ah! ¡Ay, ay!

CORO

Oh, hija ¿por qué lloras?

ELECTRA

¡Ay!

CORO

No des gritos tan terribles.

ELECTRA

Me matas.

CORO

¿Cómo?

ELECTRA

Si quieres hacer revivir en mí la esperanza que tenía en estos que tan manifiestamente se han ido ya al reino de Hades, prolongas más la desesperación que me aniquila.

CORO

Yo sé muy bien que el rey Anfiarao desapareció envuelto en áureos collares de mujer. Y ahora bajo tierra...

ELECTRA

¡Ah, ah, ay!

CORO

¡Ay, si! Pues la pérfida...

ELECTRA

Fue castigada.

CORO

Sí.

ELECTRA

Lo sé, lo sé, porque apareció quien la cuidaba de los desolados. Para mí ya no queda ya nadie, porque el que quedaba me ha sido arrebatado...

CORO

Eres desgraciada.

ELECTRA

Y yo que lo sé, lo sé muy bien, en esta: mi vida, que es un interminable revoltijo de numerosos y terribles dolores...

CORO

Sabemos por lo que lloras.

ELECTRA

No, no me quieras consolar cuando no...

CORO

¿Qué dices?

ELECTRA

...existen esperanzas de ayuda por parte de mi noble y querido hermano.

CORO

A todos los mortales alcanza la muerte.

ELECTRA

Pero ¿acaso en certámenes de veloces caballos, enredados y arrastrados por las riendas, como el infeliz hermano mío?

CORO

Imprevista fue su caída.

ELECTRA

Ya lo veo, si en tierra extraña y sin mis cuidados...

CORO

¡Ah, ay!

ELECTRA

... se le encerró en una urna sin darle sepultura ni ser llorado por nosotras.

(En ese momento entra Crisótemis, llena de alborozo, como persona que trae una gran noticia.)

CRISÓTEMIS

De alegría, querida hermana, vengo corriendo sin cuidado alguno, para llegar pronto. Te traigo contento y descanso a los pesares que te afligían y tanto llorabas.

ELECTRA

¿De dónde podrás sacar alivio para mis pesares, si ya no tienen remedio?

CRISÓTEMIS

Está Orestes con nosotras. Créelo como te lo digo, y con tal seguridad como que me estás viendo.

ELECTRA

¿Pero estás loca, desgraciada, y te burlas de tu propia desgracia y de la mía?

CRISÓTEMIS

¡No, por el hogar paterno! No me burlo, sino que, como te digo él está entre nosotras.

ELECTRA

¡Pobre de mí! ¿Y de quién has oído eso que con tanta certeza crees?

CRISÓTEMIS

Yo, de mi misma y de ningún otro. He visto pruebas patentes de ello para creer lo que te digo.

ELECTRA

¿Qué pruebas patentes tienes, infeliz? ¿Qué es lo que has visto para encenderte en ese irrefrenable delirio?

CRISÓTEMIS

Por los dioses, escúchame, y cuando sepas todo lo que he visto, dirás si soy necia o discreta.

ELECTRA

Habla, si es que tienes ganas de hablar.

CRISÓTEMIS

Te contaré todo. Apenas llegué al venerable sepulcro de nuestro padre, vi regueros de leche recién vertida desde lo alto del túmulo, y la tumba

cubierta en derredor de flores de variadas clases que formaban una corona. Me llené de sorpresa. Observé en derredor mío, temerosa de que alguien se presentara. Pero cuando noté que todo estaba en silencio, me acerqué a la tumba y percibí, en un extremo del sepulcro, un mechón de cabello recién cortado. ¡Ay de mí!, se me representó en el alma una cara conocida que no me dejaba dudar de que era la de nuestro queridísimo Orestes. Tomé el mechón y, teniéndolo en mis manos no pronuncié palabra alguna de mal agüero, sino que de alegría se me llenaron los ojos de lágrimas. Y ahora, lo mismo que entonces, afirmo que esta ofrenda no puede proceder de otro que no sea él. Si no, ¿a quién más interesa esto, fuera de nosotras dos? Yo no lo he hecho, bien lo sé, y tú, tampoco. ¿Cómo, si ni siquiera puedes salir de casa, aunque sea a rogar por los dioses, sin que tengas que llorar por ello? Tampoco es de nuestra madre, porque ni tiene deseos de hacer tales cosas y, si las hiciera las ocultaría. De Orestes, pues, son estas ofrendas. Anímate, querida. No siempre es inalterable la suerte que asiste a los mortales. La nuestra, hasta ahora, ha sido bien lamentable. El día de hoy se nos ofrece como garantía de muchas prosperidades.

ELECTRA

¡Ay! Ya hace rato que te compadezco por tu delirio.

CRISÓTEMIS

¿Qué es esto? ¿No te alegra lo que te digo?

ELECTRA

No tienes conciencia de lo que sucede, ni de lo que dices.

CRISÓTEMIS

¿Cómo no tengo conciencia de lo que manifiestamente vi?

ELECTRA

¡Ha muerto, infeliz! Todos tus contentos son vanos, no esperas nada de él.

CRISÓTEMIS

¡Pobre de mí! ¿De quién lo sabes?

ELECTRA

De quien junto a él estaba cuando murió.

CRISÓTEMIS

¿Y dónde está ese hombre? Llena estoy de pavor.

ELECTRA

En casa, pues la noticia le ha sido grata a nuestra madre.

CRISÓTEMIS

¡Ay, infeliz de mí! ¿De quién serán las magnificas ofrendas que vi en el sepulcro del padre?

ELECTRA

Yo creo que son de alguien que las ha puesto allí como recuerdo de Orestes.

CRISÓTEMIS

¡Ay, que desdichada soy! Yo, que llena de regocijo vine corriendo con tales noticias, ignorando la desgracia atroz en que nos hallamos, y que ahora, al llegar, veo que aquello que creía gozo se ha convertido en llanto.

ELECTRA

Eso es lo que ocurre. Si me crees, te librarás del peso del dolor que ahora te oprime.

CRISÓTEMIS

¿Acaso podré alguna vez resucitar a los muertos?

ELECTRA

No es eso lo que digo, tan necia no soy.

CRISÓTEMIS

¿Pues qué me mandas, en que puedo ayudarte?

ELECTRA

Que te atrevas a llevar a cabo lo que te aconsejaré.

CRISÓTEMIS

Si nos ha de ser útil, no dejaré de hacerlo.

ELECTRA

Observa que sin dolor alguno ningún bien se alcanza.

CRISÓTEMIS

Lo sé. Te ayudaré en todo lo que pueda.

ELECTRA

Escucha, pues, lo que he decidido hacer. Bien sabes que no nos queda ninguna esperanza de ayuda, pues Hades nos ha privado de todos los seres queridos y hemos quedado solas. Yo, mientras sabía que nuestro hermano vivía lleno de vigor, tenía esperanza de que vendría alguna vez para vengar la muerte de nuestro padre. Pero ya que él ha muerto, pongo mi esperanza

en ti, para que no rehúses matar, con esta hermana tuya, a Egisto, el asesino de nuestro padre. Es necesario que te hable con toda claridad. ¿Cómo puedes aguardar tranquila, a la espera de que alguien venga y mejore nuestra situación? No te queda más que llorar sin esperanza la pérdida de los bienes de nuestro padre, y lamentarte toda tu vida, llegando a vieja sin casarte y sin gozar del himeneo. Y no confíes en que venga alguien a sacarte de tal situación: no es Egisto hombre tan insensato para permitir que tú o yo procreemos linaje, lo que sería su ruina manifiesta. Pero si te pliegas a mi decisión, obtendrás en primer lugar el piadoso agradecimiento que desde el Hades te enviarán nuestro padre y hermano, y serás libre en adelante, como naciste, y alcanzarás digno matrimonio. Todo el mundo se complace en donde ve la virtud. Además, ¿no consideras cuántas serán las alabanzas que de ti y de mí propagará la fama si me obedeces? ¿Qué ciudadano o extranjero, al vernos, no tendrá a gran honra el alabarnos con expresiones a ese tenor?: “Mirad, amigos, a esas dos hermanas que salvaron de la infamia la casa de su padre y mataron sin vacilar a los enemigos que felices vivían en ella. Son dignas de amor, dignas de respeto. A ellas, en las celebraciones y reuniones públicas es preciso que todo el mundo rinda honores por su viril osadía”. Tales alabanzas dirán de nosotras cada uno de los mortales, en nuestra vida y después de muertas. De modo que nuestra gloria jamás sucumbirá. Créeme, querida, compadécete de nuestro padre, asóciate a la desgracia de tu hermano, haz que yo me vea libre de mis penas y líbrate tú también, sabiendo que vivir en la deshonra es vergüenza para los bien nacidos.

CORO

En estas circunstancias, la prudencia es la mejor ayuda para el que aconseja y para el aconsejado.

CRISÓTEMIS

Por cierto, ¡oh, mujeres! Que, si Electra no se deja arrastrar por estas locas resoluciones, habría tomado antes de hablar todo tipo de precauciones, cosa que no ha hecho. ¿En dónde ves ese valor con que tú te aprestas a la lucha y me llamas para que te ayude? ¿No reflexionas? Eres mujer y no hombre, y tu mano es más débil que la de los enemigos. La suerte, además, les es más favorable cada día, mientras a nosotras nos deja sin amparo, y en nada nos ayuda. ¿Quién, pues, al intentar matar a ese hombre, escapará sin castigo?

Considera que a los males presentes se añadirán otros mayores, si alguien llega a oír nuestra conversación. Ni nos salva ni mejora nuestra suerte el tomar ahora una buena resolución y morir luego oprobiosamente. Y no es morir lo que más me aterra, sino que, cuando uno quiera morir no pueda alcanzar la muerte. Insisto, pues, en que antes de que toda nuestra estirpe y

también nosotras perezcamos afrentosamente, reprimas tu ira. Lo que me acabas de decir lo mantendré en secreto como si no lo hubieras dicho ni imaginado, y aprende a ser prudente, si no es ahora, con el tiempo, ya que no puedes de ninguna forma ceder ante los más fuertes.

CORO

Obedece, que no se puede recibir mayor provecho que el nacido de la prudencia y del sabio consejo.

ELECTRA

Prevista tenía tu respuesta, bien sabía que ibas a desaprobarme lo que te propusiera. Pero yo sola, con mi propia mano, he de llevar a cabo esta empresa, no la dejaré sin cumplimiento.

CRISÓTEMIS

¡Ay! Ojalá hubieras tenido tal resolución cuando asesinaron a nuestro padre, que entonces todo lo habrías realizado.

ELECTRA

Pues la tenía por instinto, pero mi experiencia no era tanta como ahora.

CRISÓTEMIS

Si ahora la tienes, procura conservar siempre tu carácter.

ELECTRA

Aun cuando no piensas ayudarme, me aconsejas eso.

CRISÓTEMIS

Es natural que quien mal medita una cosa, mal la lleve a cabo.

ELECTRA

Te envidio por tu cordura, pero te detesto por tu cobardía.

CRISÓTEMIS

Yo soportaré lo que me digas hasta que me alabes.

ELECTRA

Vete, que ninguna ayuda encuentro en ti.

CRISÓTEMIS

La tienes, pero no la quieres ver.

ELECTRA

Marcha y cuéntale todo esto a tu madre.

CRISÓTEMIS

No es tanto el odio que te tengo.

ELECTRA

Pues debes saber la deshonra en que me dejas.

CRISÓTEMIS

Ninguna deshonra, solo me preocupo por ti.

ELECTRA

¿Es que yo me he de dejar guiar por tu juicio?

CRISÓTEMIS

Cuando el tuyo sea razonable, nos dirigirá a las dos.

ELECTRA

Verdaderamente es algo insólito que, hablando bien, procedas mal.

CRISÓTEMIS

Has expresado muy bien el defecto en que tú misma incurres.

ELECTRA

¿Cuál? ¿No te parece que hablo con toda justicia?

CRISÓTEMIS

Pero, en ocasiones, la misma justicia acarrea daño.

ELECTRA

Donde rijan esas leyes no quiero ya vivir.

CRISÓTEMIS

Pero, si haces eso, luego me darás la razón.

ELECTRA

Lo haré, sin que tu miedo me lo impida.

CRISÓTEMIS

¿Es verdad? ¿No cambiarás de parecer?

ELECTRA

No hay nada más odioso que una determinación poco firme.

CRISÓTEMIS

Por lo visto, no haces ningún caso de mis advertencias.

ELECTRA

Hace tiempo que he decidido no hacerlo.

CRISÓTEMIS

Me voy, pues, porque ni tú seguirás mis consejos, ni yo aprobaré tu determinación.

ELECTRA

Vete, que nunca te seguiré, aunque tuvieras muchos deseos de ello, que es indicio de enorme demencia perseguir lo imposible.

CRISÓTEMIS

Si consideras que solo tus consejos son acertados, sígelos, que cuando te encuentres en la desgracia alabarás mis advertencias.

(Se retira Crisótemis)

CORO

¿Por qué cuando observamos a las aves sagaces que nos dan presagios y las vemos preocuparse del sustento de los polluelos que han engendrado y en quienes encuentran cariño, no las hemos de imitar en todo? Pero ni el rayo de Zeus ni la celestial Justicia permitirán que esto siga impune por demasiado tiempo. ¡Oh, fama pregonera entre los mortales!, haz que resuene mi quejumbrosa voz en el Hades ante los atridas, llevándoles la execrable noticia de que ya su casa está en inminente ruina, y de que la discordia querrela suscitada entre sus dos hijas no las concilia en amistosa convivencia. Abandonada y sola se desquicia Electra, llorando siempre a su padre y afligida como gemebundo ruiñón, sin hacer caso de la vida y predispuesta a morir tomando doble venganza. ¿Qué hija ha nacido tan noble como esta? ¡Ningún hombre de honor, aunque viva en la miseria, tolera que estropeen su fama y le quiten la honra, oh, niña! Tú también, tú has preferido una vida oscura y colmada de dolor, amarrándote contra la ignominia y alcanzando con una sola determinación dos timbres de gloria: el ser llamada sabia y excelente hija. Ojalá por mí vivas superando en poder y riqueza a tus enemigos, tanto como ahora bajo su mano estás oprimida. Porque te veo efectivamente vivir en desdichada suerte, pero entre las más grandes instituciones que hay, tú guardas respeto a la más excelsa por tu piedad de hija.

(Hacen su entrada Orestes y Píldes)

ORESTES

¿Acaso, mujeres, estamos bien informados y vamos por el camino que nos conduce a donde queremos ir?

CORO

¿Qué quieres saber y cuáles son tus deseos?

ORESTES

Dónde es la morada de Egisto, voy preguntando hace rato.

CORO

Pues bien te han guiado, sin que tengas nada que reprochar al que te ha dado la seña.

ORESTES

¿Quién de vosotras podrá anunciar a la familia mi arribo y el de mi compañero?

CORO

Ella, si es preciso que dé la noticia un íntimo.

ORESTES

Anda, mujer. Entra en casa y anúnciales que unos focenses buscan a Egisto.

ELECTRA

¡Pobre de mí! ¿Es que traes pruebas patentes de la noticia que nos han dado?

ORESTES

No conozco a qué noticia te refieres, sino que me envía el anciano Estrofió con nuevas acerca de Orestes.

ELECTRA

¿Qué nuevas, extranjero?;Cómo me invade el espanto!.

ORESTES

Venimos con este pequeño vaso, en el que, como ves, traemos los exiguos restos del desdichado, que ha muerto.

ELECTRA

¡Hay, infortunada de mí! Ciertamente es ya aquello, ante mí misma, a lo que parece, veo mi desgracia.

ORESTES

Venimos con este pequeño vaso, en el que, como ves, traemos los exiguos restos del desdichado, que ha muerto.

ELECTRA

¡Ay, infortunada de mí! Ciertamente es ya aquello, ante mí misma, a lo que parece, veo mi desgracia.

ORESTES

Si tanto lloras la muerte de Orestes, has de saber que este vaso contiene su cuerpo.

ELECTRA

¡Ay, extranjero! Permite por los dioses, si este vaso contiene el cuerpo de Orestes, que lo tome en mis manos para que lllore sobre estas cenizas y deplora mi infortunio y el de todo mi linaje.

ORESTES

Toma y entrégalo, quienquiera que seas. Jamás solicita tales cosas un enemigo, sino un amigo o un pariente.

ELECTRA

(Tomando la urna)

¡Oh, recuerdo de mi queridísimo Orestes! ¡Cómo te recibo con esperanzas bien distintas de las que tenía cuando te envié! Porque ahora, cuando ya nada eres te tengo en mis manos. Y de casa, ¡ay, hermano mío!, te despedí lleno de salud. Debía haberme dejado la vida antes que enviarte a extranjera tierra, haberte librado con mis manos y salvado de la muerte. Así, muerto en aquel día, reposarías junto con nuestro padre en la misma tumba. Pero ahora, lejos de casa y como desterrado, en extraña tierra has muerto de mala manera sin los cuidados de tu hermana. Ni tuve en mi infortunio el consuelo de lavar tu cuerpo con mis afectuosas manos, ni de recoger, como era natural, del extinguido fuego tus desdichados restos. Sino que extrañas manos te han cuidado hasta quedar reducido a esta pequeña masa en este ínfimo vaso. ¡Infeliz de mí! Cuan inútil ha sido toda la solicitud con que te asistí, sin apartarme de tu lado en las dulces fatigas que por ello pasé. Nunca fuiste de nuestra madre más querido que de mí, ni te cuidaba otro de casa, sino yo, tu hermana, que te acariciaba siempre. Ya todo ha desaparecido en un solo día con tu muerte. Como una tempestad has pasado, arrebatando todas mis esperanzas. No vive nuestro padre, yo muerta quedo contigo. Tú mismo desapareces arrebatado por la muerte. Nuestros enemigos se ríen, está loca de alegría nuestra indigna madre, en quién tú debías vengar, al venir, el asesinato de nuestro padre, según las frecuentes noticias que a escondidas me enviabas. Mas todo esto se lo ha llevado tu fatal destino y también el mío, el que me envía, en cambio de tu querida persona, estas cenizas y sombra inútil. ¡Ay, de mí! ¡Oh, penosas reliquias! ¡Ay, ay! ¡Oh, queridísimo, desheredado por los terribles! ¡Ay, ay, caminos del Hades! ¡Cómo me has aniquilado, me has matado, querido hermano! Acéptame, pues, en este mismo vaso, para que, unida quien nada es con quien ya no existe, viva contigo en adelante en el más allá. Y mientras vivías en el mundo era una misma nuestra suerte. Deseo ahora morir para participar de tu sepultura. Pues los muertos, según veo, no padecen sufrimiento alguno.

CORO

De padre mortal naciste, Electra. Reflexiona, mortal era Orestes. Por lo tanto, consuélate. A todos nos espera la misma suerte.

ORESTES

¡Ay, ay! ¿Qué diré? ¿En qué situación me he metido! No puedo ya contener mi lengua.

ELECTRA

¿Qué? ¿Qué dolor te aflige? ¿Por qué dices eso?

ORESTES

¿Acaso esta noble figura es la de Electra?

ELECTRA

La misma soy, pero muy digna de lástima.

ORESTES

Y, sin duda, afligida por esta desgracia.

ELECTRA

¿Es que te compadeces de mi desdicha, extranjero?

ORESTES

¡Oh, hermosura, impía y cruelmente ajada!

ELECTRA

Sin duda que por mí, no por otra, profieres estas palabras de compasión, extranjero.

ORESTES

¡Ay, de tu vida desdichada y sin marido!

ELECTRA

¿Por qué razón, extranjero, me miras tanto y te compadeces?

ORESTES

Porque no conocía ninguna de mis propias desgracias.

ELECTRA

¿Qué te he dicho yo para que infieras eso?

ORESTES

Me basta verte sumida en tanta desolación.

ELECTRA

Pues en verdad que ves muy poco mi desdicha.

ORESTES

¿Y cómo es posible ver mayor desgracia que la que veo?

ELECTRA

Pues haciendo vida común con los asesinos.

ORESTES

¿Asesinos de quién? ¿De dónde procede tanta maldad?

ELECTRA

Asesinos de mi padre, que violentamente me tienen esclavizada.

ORESTES

¿Y quién te fuerza a vivir en esclavitud?

ELECTRA

Madre se llama, pero en nada lo parece.

ORESTES

¿Qué hace? ¿Te maltrata de obra o de palabra?

ELECTRA

De obra, de palabra y con todo tipo de humillaciones.

ORESTES

¿Y no hay quien te socorra ni te defienda?

ELECTRA

No, pues uno que había me lo traes tú convertido en ceniza.

ORESTES

¡Ay, desdichada! ¡Cómo te compadezco más al mirarte!

ELECTRA

Eres el único mortal que de mi se compadece.

ORESTES

Como que únicamente vengo apenado por tus mismos males.

ELECTRA

¿Eres acaso pariente mío que llegas de otro lugar?

ORESTES

Te lo diría si supiera que estas mujeres tienen buena voluntad.

ELECTRA

La tienen, de manera que hablas entre fieles amigos.

ORESTES

Deja pues ese vaso para enterarte de todo.

ELECTRA

Eso no, por los dioses. No me lo hagas soltar extranjero.

ORESTES

Haz lo que te digo, que noerrarás.

ELECTRA

No, en nombre de los dioses, no me quites estas preciadas reliquias.

ORESTES

Digo que no te arrepentirás.

ELECTRA

¡Ay, que infeliz soy por ti, Orestes, si me privan de tus reliquias!

ORESTES

Habla con alegría, porque lloras sin motivos.

ELECTRA

¿No lloro justamente a mi hermano muerto?

ORESTES

Ni te conviene repetir esas palabras.

ELECTRA

¿Tan indigna soy del muerto?

ORESTES

Indigna, de ninguna manera. Pero esto no te corresponde.

ELECTRA

Si son las cenizas de Orestes, que en las manos tengo.

ORESTES

Esas no son las cenizas de Orestes mas que de palabra

ELECTRA

¿Dónde está el sepulcro de aquel desdichado?

ORESTES

En ninguna parte, pues quien vive no está en el sepulcro.

ELECTRA

¿Cómo dices?

ORESTES

Lo que digo es la verdad.

ELECTRA

¿Es cierto que vive el joven?

ORESTES

Como que vivo estoy yo.

ELECTRA

¿Acaso eres tú?

ORESTES

Fíjate en esta marca en la piel que me hizo nuestro padre y sabrás si digo la verdad.

ELECTRA

¡Oh, queridísima luz de mis ojos!

ORESTES

Muy querida, lo confieso.

ELECTRA

¡Oh, estrella de mi vida! ¿Estás aquí?

ORESTES

No será preciso que lo preguntes a otro.

ELECTRA

¿Te tengo en mis brazos?

ORESTES

Como me tendrás en adelante.

ELECTRA

¡Oh, queridísimas amigas! ¡Oh, ciudadanas! Observad a mi Orestes astutamente muerto e ingeniosamente vivo.

CORO

Lo vemos, hija, y, por tal suceso, lágrimas de alegría brotan de nuestros ojos.

ELECTRA

¡Oh, retoño de mi queridísimo padre, has llegado aquí, viniste, has visto a quien deseabas!

ORESTES

Aquí estoy, sí, pero mantente en silencio y aguarda.

ELECTRA

¿Qué ocurre?

ORESTES

Mejor es callar, no sea que nos oigan desde adentro.

ELECTRA

Pues por Artemisa, la siempre indomable, que ya nunca he de temer la aciaga pesadumbre que siempre temía de las mujeres de esta casa.

ORESTES

Mida que en las mujeres también anida Ares, bien lo sabes por experiencia.

ELECTRA

¡Ay, ay! Clara mención me has hecho de irreparable e inolvidable desgracia, cual fue la nuestra.

ORESTES

Lo sé, hermana. Cuando las circunstancias lo requieren, conviene tener presentes todas esas cosas.

ELECTRA

Necesitaría todo el tiempo pasado para lamentar como se debe esas cosas, pues apenas tengo hoy libre la lengua.

ORESTES

Convengo en ello, y has de procurar conservarla.

ELECTRA

¿Y qué he de hacer?

ORESTES

No hablar mas que lo que la ocasión exija.

ELECTRA

¿Quién, habiendo aparecido tú, querrá callar en vez de hablar cuando, sin pensarlo y contra lo que esperaba, te estoy viendo ahora?

ORESTES

Me ves cuando los dioses me han obligado a venir...

ELECTRA

Me acabas de dar una noticia mucho más feliz que la anterior, si es que, efectivamente, los dioses te han hecho venir a casa. Esto lo tengo yo como cosa divina.

ORESTES

Por otra parte, temo refrenarte en tu alegría, y siento, por otra parte, que te dejas arrebatarse por el gozo.

ELECTRA

¡Ah!, ya que después de tanto tiempo te has decidido a emprender esté tan anhelado viaje para mostrarte en mi presencia, no quieras, cuando tan llena me ves de aflicción...

ORESTES

¿Qué quieres que no haga?

ELECTRA

...privarme del placer de contemplar tu bellissimo rostro.

ORESTES

No, por cierto, y me enojaría si otros quisieran privarte.

ELECTRA

¿Estás de acuerdo conmigo?

ORESTES

¡Claro que sí!

ELECTRA

¡Amigas! Oí la voz que nunca esperaba oír. No creía en mi desdicha que hubiera podido contener, ni en silencios ni a gritos, el estallido de mis sentimientos al oírla. Ya te tengo: me apareciste con esa hermosísima cara que yo ni en mis desgracias he olvidado.

ORESTES

Déjate de ahora de todo discurso vano y no me digas si nuestra madre es mala, ni si Egisto dilapida nuestro patrimonio, los despilfarra y derrocha con arrogancia. La conversación nos haría perder la oportunidad. Lo que me es mas conveniente hacer en el momento presente es lo que me has de aconsejar: dónde ocultarme o dónde presentarme para lograr con mi venida que los enemigos dejen ya de reír. Procura también que nuestra madre no se dé cuenta por la alegría de tu rostro que yo he regresado a casa, sino que, lamentando, aunque sea falsamente, tu desgracia, llora como antes. Que cuando triunfemos ya nos reiremos sin temor.

ELECTRA

Hermano, lo que tú quieras lo quiero yo. Porque la alegría que tengo, de ti la he recibido, tú me la trajiste. No me gustaría darte el mínimo pesar, por mucha que fuera la utilidad que me reportara. Yo te ayudaré debidamente en esté favorable trance poniéndote al tanto de lo sucedido. Habrás oído que Egisto está fuera y, en casa, nuestra madre sola, la que no temas que vea nunca mi cara alborozada de alegría, pues antiguo odio se ha apoderado de mí, y desde que te veo no ceso de derramar lágrimas de alegría. ¿Cómo podré cesar, si en un mismo día te vi muerto y vivo? Me has sorprendido de tal modo que si se presentara vivo nuestro padre no lo tendría por imposible, sino que daría fe a mis ojos. Y puesto que tal viaje has hecho por mí, haremos lo que propongas. Que yo, si sola me hubiera quedado, no habría escapado de una de estas dos cosas: o me habría salvado con honra, o con honra habría sucumbido.

ORESTES

(Al ver abrirse una puerta.)

Te aconsejo que calles, pues oigo pasos de alguien que sale.

ELECTRA

(A Orestes y Pilades, fingiendo.)

Entrad, extranjeros, ya que sois portadores de lo que nadie en esta casa rechazará con descontento ni recibirá con alegría.

EL AYO

(Saliendo del palacio.)

¡Ah, insensatos, que habéis perdido el juicio! ¿Es que en nada estimáis la vida o habéis perdido el juicio, cuando no os hacéis cargo de que no estáis ante un peligro futuro, sino envueltos por todas partes en uno de los más terribles trances? Pues, si no hubiera yo guardado en estas puertas, tendría ya hecho en casa, sin siquiera entrar en ella, lo que vosotros debéis hacer. Ya que no lo hice, tomé providencias para que lo lleves a cabo fácilmente. Dejaos ahora esta conversación que la alegría hace interminable, y entrad, porque el esperar es un mal en tales circunstancias, y el salir pronto de ellas, lo mejor.

ORESTES

¿Cómo está lo de adentro en lo que a mí respecta?

EL AYO

Eso está bien. Está de manera que nadie te conocerá.

ORESTES

¿Dijiste que había muerto?

EL AYO

Ya te creen habitando en el Hades.

ORESTES

¿Y se alegran de ello, o qué dicen?

EL AYO

Al final te lo diré, pues, tal como están las cosas, todo lo de ellos va bien, hasta lo que no está bien.

ELECTRA

(Por El Ayo)

¿Quién es él, hermano? Por los dioses dímelo.

ORESTES

¿No te das cuenta?

ELECTRA

No consigo recordarlo.

ORESTES

¿No conoces al criado en cuyas manos me entregaste?

ELECTRA

¿A quién? ¿Qué dices?

ORESTES

Al hombre que, por medio de tu solicitud, me llevó en brazos a Fócida.

ELECTRA

¿Aquel es este, el único a quien entre muchos encontré fiel cuando mataron a nuestro padre?

ORESTES

Este es. No me preguntes ya más.

ELECTRA

¡Oh, queridísimo, luz de mis ojos, el único salvador de la casa de Agamenón! ¿Cómo has venido?

(Lo abraza)

¿Tú eres aquel que a Orestes y a mí libraste de tantos males? ¡Oh, queridísimas manos!, y pudiendo valerse de esos pies, ¿cómo por tanto tiempo te olvidaste de mí y ni siquiera te quisiste dejar ver, sino que con tus noticias me matabas, al ser poseedor de mi más dulce bien? Salud, padre, pues creo ver en ti a mi padre, salud. Eres el hombre a quien yo más he odiado y estimado en un mismo día.

EL AYO

Creo que ya hemos hablado bastante, Electra. Las noches y los días se van sucediendo sin cesar, y tiempo habrá en ellos para enterarte detalladamente de todos los demás. Os repito a los dos a la vez que esta es la ocasión: Clitemnestra está sola, no hay ningún hombre en casa. Si los esperáis, pensad que con ellos y con otros más diestros que ellos tendréis que luchar.

ORESTES

Pues no necesitamos ya de más dilatados discursos. Pílates, metámonos adentro de inmediato, después de saludar reverentemente a las estatuas de los dioses paternos que estos pórticos residen.

(Entran en el palacio)

ELECTRA

¡Rey Apolo, escúchalos propicio y también a mí, que siempre te he ofrecido con mano piadosa la mayor parte de mis cosas! Ahora, pues, ¡oh Licio Apolo!, te ruego por cuanto tengo, prosternada ante ti, y te suplico que nos asistas con tu benevolencia y nos ayudes para llevar a su cumplimiento término nuestras decisiones. Haz ver a los hombres cómo castigan los dioses el pecado de impiedad.

CORO

Observad cómo avanza el furibundo Ares, exhalando sangre. Ya se cobijan bajo el techo del palacio las inevitables Furias vengadoras de execrables crímenes. No tardará en cumplirse el ensueño que tiene en suspenso mi decisión. Dolosa ayuda infernal les introduce en el palacio, antigua y rica morada de su padre, llevando en sus manos la sangre de recién aguzado filo. Hermes, el hijo de Maya, los guía furtivamente en su insano furor, los lleva ocultos hasta el momento de perpetrar el crimen y no los detiene.

ELECTRA

Queridas mujeres, los hombres pronto cumplirán su misión. Aguardad en silencio.

CORO

¿Cómo? ¿Qué hacen ahora?

ELECTRA

Ella prepara una urna para las ceremonias fúnebres: ellos ya se le acercan.

CORO

Y tú ¿por qué has salido?

ELECTRA

Para observar, de modo que Egisto no nos sorprenda al venir.

CLITEMNESTRA

¡Ay, ay! ¡Oh, casa sin amigos, llena de facinerosos!
(Se oyen sus gritos, provenientes del interior.)

ELECTRA

Alguien grita adentro. ¿No oís, amigas?

CORO

Oímos, pobre de nosotras, gritos espantosos que nos aterrorizan.

CLITEMNESTRA

(Desde adentro.)
¡Ay, que desdichada soy! ¡Egisto!, ¿dónde te encuentras?

ELECTRA

Oíd, que de nuevo suenan los lamentos.

CLITEMNESTRA

(Desde adentro.)

¡Ah, hijo, hijo! Ten piedad de la que te ha criado.

ELECTRA

Pero no obtuvieron compasión de ti, ni Orestes ni el padre que lo engendró.

CORO

¡Oh, ciudad! ¡Oh, raza desventurada! Hoy, en este momento, te arruina la Parca.

CLITEMNESTRA

(Desde adentro.)

¡Ay, que me hieren!

ELECTRA

Dale, si tienes fuerza otro golpe.

CLITEMNESTRA

(Desde adentro.)

¡Ay, ay! ¿Otro?

ELECTRA

¡Ojalá haya los mismos para Egisto!

CORO

Ya se han cumplido las maldiciones. Reviven ya los que bajo tierra yacen. Las primeras víctimas están presentes y hacen brotar la sangre de sus asesinos. Sus manos tintas en sangre destilan gotas de la víctima inmolada a Ares. Nada tengo que reprochar.

(Con las manos ensangrentadas entran en escena Orestes y Píldes.)

ELECTRA

Orestes, ¿cómo os encontráis?

ORESTES

Todo va bien en el palacio si el oráculo de Apolo bien lo profetizó.

ELECTRA

¿Ha muerto la infeliz?

ORESTES

No temas que la soberbia de tu madre te insulte jamás.

ELECTRA

.....

ORESTES

.....

CORO

Silencio, pues ya veo cerca de Egisto.

ORESTES

.....

ELECTRA

¡Oh, hijas!, ¿no os iréis adentro?

ORESTES

¿Dónde veis a ese hombre?

ELECTRA

Hacia nosotros viene gozoso desde las afueras de la ciudad.

CORO

Entrad al vestíbulo lo más rápidamente posible, y que ahora obtengáis tan buen éxito como antes.

ORESTES

¡Confía! Lo obtendremos.

ELECTRA

Date prisa entonces.

ORESTES

Ya me voy.

(Se retiran adentro Orestes y Pilades.)

ELECTRA

Lo de aquí queda a mi cuidado.

CORO

Bueno sería hablarle amistosamente a este hombre para que se precipite engañado ante el tribunal de la Justicia.

EGISTO

(Que llega del campo contento por las noticias.)

¿Quién de vosotras sabe dónde están los extranjeros de Fócidas que, según dicen, nos han traído la noticia de que Orestes ha perdido la vida en los certámenes ecuestres? A ti, a ti te hago la pregunta, que tan insolente te

mostrabas antes. Creo que tú eres la más interesada en esto y, como mejor enterada, me lo podrás decir.

ELECTRA

Lo sé. ¿Cómo no? ¿Podría ignorar la desgracia ocurrida al más amado de los míos?

EGISTO

¿Dónde, pues, se hallan los extranjeros? Dímelos.

ELECTRA

Adentro, pues han sido bien recibidos.

EGISTO

¿Y anunciaron que está verdaderamente muerto?

ELECTRA

No solo lo anunciaron, sino que trajeron pruebas.

EGISTO

¿Y podemos verlas de modo que tengamos completa certeza?

ELECTRA

Puedes verlas, y en verdad que es espectáculo triste.

EGISTO

La verdad es que, contra tu costumbre, me das noticias que me alegran.

ELECTRA

Puedes alegrarte, si es que te son gratas estas noticias.

EGISTO

Te ordeno que te calles y abras todas las puertas a todos los habitantes de Micenas y de Argos para que todos lo vean, porque, si alguno de ellos alimentaba todavía esperanzas respecto al regreso de ese hombre, ahora, al ver su cadáver, aceptará mis órdenes y pensará juiciosamente, sin necesidad de imponerle la violencia del castigo.

ELECTRA

Por mi parte, todo eso se cumplirá, pues el tiempo me ha enseñado a complacer a los más poderosos.

(Portando sobre una parihuela un cadáver cubierto, entran Orestes y Píldes)

EGISTO

¡Oh, Zeus! Veo un espectáculo que no es sino obra de algún dios. Pero si encierra venganza, no hablo. Retirad todo el velo que me impide verlo, para que un pariente obtenga de mí el llanto que le debo.

ORESTES

Retíralo tú mismo, que yo no soy sino tú quien ha de contemplar estas reliquias y saludarlas con afecto.

EGISTO

Buen consejo me das, y te obedeceré.

(A Electra.)

Llama tú a Clitemnestra, si está en casa.

ORESTES

(Descubriendo el cadáver.)

Ahí la tienes. No la busques en otro lado.

EGISTO

¡Ay de mí! ¿Qué veo?

ORESTES

¿A quién temes? ¿No la conoces?

EGISTO

¡Ay, infortunado de mí! ¿En que manos, en qué lazos he caído?

ORESTES

¿No te has dado cuenta de que desde hace rato estas hablando con los vivos creyéndolos muertos?

EGISTO

¡Ay!, comprendo lo que dices. No es posible que sea otro sino Orestes quien me habla.

ORESTES

¿Y al ser tan buen adivino has estado equivocado tanto tiempo?

EGISTO

¡Perdido estoy! ¡Pobre de mí! Pero permíteme decir al menos algunas palabras.

ELECTRA

No le dejes decir más, por los dioses, hermano, ni continuar la conversación. ¿Pues qué beneficio puede esperar de unos momentos el hombre que, debiendo imperdonablemente morir, se halla ya en último trance? Mátalo pronto, y deja su cadáver a los sepultureros; natural es que vaya a parar a sus manos y se lo lleven lejos de nosotros; para mí, este es el único consuelo de los males que durante tanto tiempo vengo sufriendo.

ORESTES

(Forzándolo a entrar en el palacio.)

Entra de prisa. No es momento de discutir, sino de luchar por la vida.

EGISTO

¿Para qué me conduces al palacio? Si tu acción es buena, ¿por qué buscas la oscuridad y no me matas aquí?

ORESTES

No tienes por qué dar órdenes. Vamos pronto al sitio donde mataste a mi padre, para que mueras allí.

EGISTO

¿Es que es preciso, de toda necesidad, que esté palacio sea testigo de los males de los Pelópidas, los presentes y los que se avecinan?

ORESTES

Al menos lo será de tu muerte. En esto soy mejor adivino que tú.

EGISTO

Pues te envanece de un arte que no poseía tu padre.

ORESTES

Mucho replicas y poco adelantas. Anda, de prisa.

EGISTO

Guíame tú.

ORESTES

Has de ir tú adelante.

EGISTO

¿Temes que huya?

ORESTES

No, solo deseo que mueras sin ningún consuelo. Es preciso que yo te reserve esta última amargura. Tal debería ser el castigo inmediato de todo el que se atreva a transgredir las leyes: la muerte. De este modo, no abundarían los criminales.

CORO

¡Oh, linaje de Atreo! ¡Cuántos males has padecido, hasta que, por fin, con el suceso de hoy, recobras a duras penas la libertad!

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario Silvia A. Toscano

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

